

LA FÁBULA, LA SÁTIRA Y EL EPIGRAMA (FEDRO. JUVENAL. MARCIAL)

FÁBULA

La fábula es una **obra de ficción en verso, en que los personajes que intervienen y dialogan son generalmente animales**. Se tiene a **Esopo** por creador del género en Grecia, en el siglo VI a.C., aunque sus raíces hay que buscarlas en oriente. Fue un género que surgió como reacción a la poesía de tono elevado y solemne. Frente a los personajes de la epopeya, los personajes del mundo de la fábula son seres vulgares e insignificantes, lo mismo que los hombres del mundo real.

Fedro

El género fabulístico fue trasplantado a Roma por Gayo Julio **Fedro** (15 a.C.-55 d.C.), un liberto de origen tracio que había llegado en su juventud a Roma como esclavo de Augusto, quien finalmente le dio la libertad en consideración a su elevada cultura.

Fedro utilizó para sus fábulas el **senario yámbico**, el tipo de verso que se utilizaba en las partes dialogadas de las comedias (~ ~ / ~ ~ ~ / ~ ~ . ~ / ~ ~ . ~ / ~ ~ ~ / ~ ~). Ennio, Lucilio y Horacio ya habían recurrido a la fábula de manera ocasional, pero fue Fedro quien introdujo la novedad de **escribir libros**, de los que llegó a publicar hasta cinco bajo el título de *Fabulae Aesopiae*. Fedro contribuyó a fijar el género y a darle la caracterización formal, que seguirían fabulistas de todos los tiempos.

En general, las fábulas esópicas que sirvieron de modelo a Fedro constituían una **reivindicación burlesca del pueblo llano frente a los privilegiados**, que aparecían en ellas vistos desde la perspectiva más grotesca. Fedro, de origen servil, vio en este género la posibilidad de expresar sus convicciones en una época en que era peligroso hablar libremente. Tal vez algunas de sus fábulas fueron consideradas como **sátiras políticas** porque llegó a ser acusado y condenado de un crimen de lesa majestad a instancias de Sejano, favorito de Tiberio. Pero también hay una evidente intención en Fedro de instruir deleitando.

La mayoría de las fábulas están protagonizadas por animales, aunque en algunas intervienen personas, e incluso puede aparecer el propio Fedro poniendo la moraleja al final.

En las 143 composiciones conservadas se aprecia que Fedro añadió a sus modelos esópicas otros elementos tomados también de fuentes griegas, e incluso algunas fábulas son de su propia invención. Su **espíritu satírico** lo aproxima a Persio, Juvenal u Horacio, pero su estilo es un tanto seco, razón por la que fue poco apreciado en su tiempo. No obstante, **sus versos están cuidadosamente elaborados y son un modelo de sencillez y concisión**.

Otros autores escribieron fábulas con posterioridad. Así Babrio, quien en el siglo II adaptó cien fábulas esópicas. En el siglo IV Aviano reelaboró cuarenta y dos fábulas de Babrio poniéndolas en dísticos. Y en el siglo V Rómulo redactó en prosa noventa y ocho fábulas de Esopo, la mayoría de las cuales se corresponden con las de Fedro.

SÁTIRA

El género satírico incluye composiciones en verso, en las que son caricaturizados personajes y situaciones con el fin principal de criticar los vicios de la sociedad.

La sátira, al decir de Quintiliano (*satura tota nostra est*), era el único género literario que no había sido importado de Grecia. Desde luego es difícil encontrar precedentes griegos, y el término parece latino, tal vez relacionado con el adjetivo *satur*, 'harto, lleno'. *Satura* era, además, una especie de macedonia de frutas que se ofrecía a Ceres; y el mismo nombre se podía aplicar figuradamente al producto resultante de la mezcla de componentes diversos.

La etimología propuesta se corresponde pues con el hecho de que **la sátira es un género misceláneo**, en el que cabe la prosa junto al verso, en diversos metros, y cualquier tipo de temas, con alternancia del tono serio y el cómico, y con una patente intención moralizadora y de censura de vicios sociales.

Hay también quien cree que *satura* es un término de origen etrusco, derivado de *satr* o *satir* = 'hablar'. Esta creencia no carece de fundamento, ya que entonces *saturae* sería lo mismo que *sermones*, el título que ostentan las obras satíricas de Lucilio y Horacio.

En todo caso, el espíritu mordaz de los romanos (*italum acetum*) encontró un cauce adecuado en este género literario, al que le imprimieron el cuño de su carácter polémico y cáustico.

Lucilio

Se considera a Gayo **Lucilio** (180-102 a.C.) como el primer autor satírico en sentido pleno, aunque hubo autores anteriores (Ennio, Nevio, Pacuvio, Pomponio) que escribieron obras con el título de *Saturae*. Formó parte del **círculo literario de Escipión Emiliano**, al cual acompañó en la toma de Numancia (133 a.C.).

Sólo quedan fragmentos (unos 1400 versos) de sus treinta libros de sátiras en **hexámetros dactílicos**, el verso que se convertiría en preceptivo del género. Están escritas con un **estilo rudo, pero vigoroso**; se vale del *sermo cotidianus* y del *sermo castrensis* (el habla de la gente de la calle y la jerga de los soldados), mezcla el griego con el latín y no vacila en recurrir a la grosería y la obscenidad.

En sus sátiras, Lucilio **censura las costumbres licenciosas de su época** y a todo aquel que se exceda en sus límites o atribuciones: magistrados corruptos, poetas helenizantes en demasía, aristócratas inútiles, etc.

Varrón

Marco Terencio **Varrón** (116-27 a.C.) fue un autor muy polifacético, aunque es poco lo que se ha conservado del conjunto de su obra. Durante la guerra entre César y Pompeyo, luchó del lado de este último, si bien posteriormente César trató de ganárselo encomendándole la dirección de las bibliotecas públicas.

De su obra poética se conservan fragmentariamente sus *Satirae Menippeae*, una **mezcla de prosa y verso compuesta bajo la inspiración del cinismo estrafalario de**

Menipo (s. IV-III a.C.). Por los fragmentos conservados se aprecia que los temas de Varrón son: la disputa entre escuelas filosóficas, la burla de las religiones exóticas, la parodia de los mitos, el contraste entre el pasado y el presente, los banquetes.

La norma por la que Varrón se guía al realizar su crítica son las costumbres tradicionales romanas y su apego a los tiempos antiguos.

Horacio

Horacio (65-8 a.C.), nacido en Venusia, en el sur de Italia, era hijo de un liberto que hizo todo lo que pudo para que tuviera una buena educación. Estudió en Roma hasta los veinte años, y luego marchó a Atenas para estudiar filosofía (se inclinó hacia el epicureísmo). Tomó parte en la batalla de Filipos del lado de los asesinos de César, Bruto y Casio. Tras su regreso a Roma, trabó amistad con Virgilio, quien lo introdujo en el círculo de Mecenas, y a través de éste pudo conocer a Augusto. Con todo, siempre fue un celoso defensor de su libertad personal.

Horacio admiraba el espíritu mordaz de Lucilio, pero le critica su estilo rudo y descuidado. **Escribió dos libros de sátiras, *Sermones*, en hexámetros dactílicos.** Aunque se presenta como renovador de Lucilio, en Horacio la crítica social y política cede ante los **temas filosóficos**. Censura todos los defectos humanos. Su moral es la del justo medio, y es por eso por lo que **aprovecha sus sátiras para dar lecciones de moderación**, de vida sencilla, de búsqueda de la felicidad y el placer, pero sometido a las reglas de la razón.

El mismo espíritu impregna la mayoría de sus *Epodos*, que Horacio denominaba *Iambi* por la forma métrica utilizada, influidos por el carácter violento y agresivo de los poetas yambógrafos griegos Arquíloco e Hiponacte. Horacio abomina tanto de las guerras civiles como de personas de la vida pública o privada contra las que lanza sus invectivas.

Persio

Aulo **Persio** (34-62 d.C.) pertenecía a una familia de rango ecuestre originaria de Etruria y de ideas republicanas; recibió una esmerada educación en ambientes estoicos. Tuvo a Lucilio y a Horacio como modelos, pero **critica las irregularidades y los vicios de su tiempo de manera más virulenta** que aquellos.

Se conservan seis sátiras escritas en un **lenguaje coloquial**, libre de ornato pero muy expresivo, aunque ocasionalmente **rebuscado y oscuro**.

Juvenal

Décimo Junio Juvenal (60-129 d.C.), originario de Aquino, en Campania, comenzó publicar sus obras satíricas ya en edad madura, hacia el año 100, durante reinado de Trajano, bajo el cual se relajó el despotismo imperial. Con anterioridad había declamado en las escuelas de retórica.

Escribió dieciséis sátiras, recogidas en cinco libros. En ellas lanza **violentos ataques contra los vicios de la sociedad de su tiempo y contra los abusos de los emperadores** anteriores a Trajano, sobre todo de Domiciano. En las últimas sátiras predomina la predicación moral.

Se definía a sí mismo como un *castigator morum*. Además de los lugares comunes de la censura moralizadora: avaricia, ambición, nobleza inepta, etc. Juvenal **introduce nuevos elementos para la crítica**: el cosmopolitismo de Roma, la degeneración de la cultura, la competencia con los literatos griegos en la captación de benefactores o la proliferación de religiones orientales. Estos elementos surgen más de su moral provinciana que de su escasa ética filosófica.

Juvenal destaca sobre todo por su **vigoroso realismo**, que desciende hasta los detalles más crueles. Impresiona la pintura de la vida en la disoluta y deshumanizada Roma, la soledad del individuo perdido en medio de una muchedumbre insensible a las preocupaciones ajenas.

Frente a los problemas que critica, sus ideas, teñidas de un ligero estoicismo, son más bien ingenuas: propugna la **recuperación de la Roma primitiva** idealizada por Cicerón y Tito Livio, el retorno a las aldeas, en las que aún se conservan los valores que hicieron grande a Roma, o la adopción de la vida castrense.

A Juvenal **le interesa exponer con crudeza la realidad que caricaturiza**; para ello utiliza un lenguaje libre de artificio, que llega a dar impresión de un cierto abandono.

EPIGRAMA

El epigrama, género que a veces se agrupa junto con la poesía lírica, como un subgénero de ésta, incluye las **composiciones poéticas breves (generalmente entre dos y seis versos) en las que se expresa un pensamiento festivo o burlesco**. Los metros son variados, aunque abunda el **dístico elegíaco**, una estrofa compuesta por un hexámetro y pentámetro dactílicos.

El epigrama primitivo, como indica su etimología griega (*epí-*, 'sobre', *gramma*, 'escritura') era un texto breve destinado a figurar como **inscripción** en un sepulcro, una base de estatua o un exvoto, aunque en su desarrollo el epigrama sirvió para expresar toda clase de temas y sentimientos, si bien los griegos alejandrinos sintieron predilección por los temas amorosos.

Safo, Arquíloco y Simónides cultivaron el género epigramático en Grecia, pero floreció sobre todo en época helenística, con Leónidas de Tarento y Meleagro de Gadara. Aunque pueden considerarse como antecedentes los primitivos *elogia*, las **inscripciones laudatorias** de los sepulcros (s. III a.C.), el epigrama debió de llegar a Roma a finales del siglo II a.C., desde entonces fue cultivado de modo esporádico hasta **Catulo**, que fue el primero que se valió de esta forma poética por extenso.

La concisión de la lengua latina, por su espíritu lacónico y sentencioso, encontró un vehículo apropiado en este tipo de poemitas, cuyas características principales son precisamente la brevedad, la agudeza y la fuerza expresiva.

Primeros autores latinos

Una buena parte de la obra conservada de **Catulo** está compuesta por **epigramas en dísticos**. En ellos Catulo relata su azarosa relación con su amada Lesbia, y arremete contra sus rivales, revelándose como un verdadero maestro tanto para la expresión de lo más íntimo como para el impropio.

Siguen a Catulo los epigramas del *Catalepton*, incluidos en la *Appendix Vergeliana*, atribuidos a Virgilio y escritos también en dísticos elegíacos. También cultivaron el epigrama Ovidio, Séneca y Petronio, y, más tardíamente, Ausonio.

Marcial

El epigrama literario alcanzó su más alta cima con **Marco Valerio Marcial (40 d.C-104)**, que lo cultivó en exclusiva y estableció las características que hoy sirven para definirlo, superando con creces a los autores griegos.

Marcial nació en **Bílbilis** (act. Calatayud). Marchó a Roma para completar sus estudios de jurisprudencia, y allí se estableció para pasar la mayor parte de su vida. En Roma se puso como cliente al servicio de los Flavios, Tito y Domiciano, a quienes adulaba y divertía componiendo obras de circunstancias, y de los que recibió algunos honores. Sin embargo, con el advenimiento de Nerva y Trajano cayó en desgracia, a tal punto que en año 98, ya pobre y viejo, decidió regresar a su ciudad natal, aceptando la finca que un dama rica, admiradora suya, le regaló.

Marcial había llevado una vida agitada en Roma, cuyos encantos lo sedujeron siempre, pese a la añoranza de su lugar de origen. Hizo una pequeña fortuna que le permitió lograr el rango ecuestre. Allí conoció a Quintiliano, a Plinio el Joven y a Juvenal.

Tenía un **extraordinario poder de concentración** cómica, similar al de Aristófanes o Plauto, al que se unían su gran capacidad de improvisación, su ingenio agudo y sus dotes de observación. En sus poemas ofrece una **visión penetrante** de la sociedad y pinta con maestría la vida cotidiana de Roma, con sus chismes, anécdotas y sucesos.

Cataloga diferentes tipos de hombres: el débil, el criticón, el charlatán; sin embargo, y a diferencia de los poetas satíricos, cuando el ataque es grosero designa a sus víctimas mediante pseudónimos. En realidad, con su burla mordaz **no pretende moralizar**, ya que él mismo es un parásito.

Marcial escribió alrededor de **1500 epigramas, editados en quince libros**, uno a uno o por grupos, precedidos de un prólogo en verso o en prosa en el que se defiende de los ataques de los autores clasicistas y retóricos, que entonces estaban de moda.

El **primer libro, *Liber spectaculorum***, tiene por objeto los festivales circenses de Tito y Domiciano, una de las vivencias que más le atraían de Roma. Los libros XIII y XIV, ***Xenia* y *Apophoreta***, recogen los epigramas utilizados para acompañar los regalos que se hacían con ocasión de las fiestas Saturnales. Los **doce libros restantes** son de temas variados: literatura, sociedad, temas personales, etc.

Retórica de la prevaricación. (A propósito de una fábula de Fedro)

La tiranía es una forma de gobierno, que hoy adopta de ordinario formas de comunicación más sibilinas que brutales, sea o no aceptada por quienes la padecen. La prevaricación es un abuso de poder y un abuso del lenguaje que acompaña a las tiranías, sean –digámoslo así por simplificar- fuertes y claras como las antiguas o débiles y borrosas como las contemporáneas. Y sucede que por contigüidad y en algunos casos por pura continuidad con la política, los medios de comunicación asumen formas más o menos tiránicas y prevaricadoras respecto de sus lectores, oyentes y espectadores.

No es momento de considerar el papel de los medios en la prevaricación política, ni el contagio que los medios pueden padecer a la hora de relacionarse con sus lectores, oyentes o espectadores en su modo de tomarlos en consideración. Pero no está de más, en este momento, pensar un poco en la variedad de formas de prevaricación que ofrece nuestro horizonte político global, europeo o nacional.

Es relativamente fácil observar hoy variados efectos –precisamente en nombre de la democracia- causados por actitudes y acciones políticas prevaricadoras: guerras o invasiones de países, formulación de independencias regionales, imposición a toda una sociedad de leyes que responden a ideologías muy minoritarias, acoso a medios de comunicación no controlados, etc. Son otras tantas formas de prevaricación política, a las que –sin quererlo- puede que nos estemos acostumbrando.

Quizá por eso puede venir bien recordar el funcionamiento retórico de la prevaricación, a propósito de un reciente y breve estudio publicado por Umberto Eco (“Superior stabat. Retorica del lupo e dell’agnello”, en Ivano Dionigi (ed.) *Nel segno della parola*, Ed. Bur Saggi, Milán 2005, pp. 35-54.)

“Captatio malevolentiae”

Eco considera tres formas principales de “retórica de la prevaricación”, es decir, de retórica del abuso de poder y de abuso del lenguaje. Una operación que comienza con lo que Eco califica como “captatio malevolentiae”, corrupción de la tradicional “captatio benevolentiae” retórica del auditorio. Eco hace ver que el prevaricador busca de entrada provocar la malevolencia por parte de su víctima, aunque luego busque la misma aquiescencia de la víctima, ya que ésta, además de padecer el abuso, ha de aceptar la *lógica necesidad* de padecerlo.

La “retórica de la prevaricación” de ordinario presenta tres rasgos que ponen de manifiesto esta pretensión del prevaricador por justificar su abuso: 1) la prevaricación sucede en la medida en que se abusa en contra el interés de una víctima; 2) el prevaricador pretende legitimar el propio abuso ante el público, si lo hay, o ante su propia conciencia; y 3) incluso –como sucede en los regímenes dictatoriales- quiere conseguir el mismo consenso de la víctima de la prevaricación.

Fábula del lobo y el cordero

Cualquiera puede hacer –en este sentido- un análisis de la fábula de Fedro, la que nos presenta el lobo y el cordero en el arroyo, en una traducción simple:

Superior stabat

Fedro, Fábulas 1, 1 (20 aC – 50dC)

El lobo y el cordero, sedientos,
Llegaron al mismo arroyo. El lobo estaba aguas arriba
Más abajo el cordero.

El lobo, movido por su voracidad desenfrenada,
Buscó un pretexto para discutir.
“¿Por qué enturbias el agua que bebo?”
El cordero, atemorizado, dijo:
“Perdona, lobo, pero ¿cómo puedo hacerte eso,
si el agua que yo bebo me llega desde tu sitio?”

Entonces, desmentido por la evidencia, atacó:
“Hace seis meses hablaste mal de mí”
Y el cordero contestó: “pero si entonces aún no había nacido”

Además, “Tu padre, por Hércules, habló mal de mí”.
Y diciendo esto lo agarró y, contra todo derecho, lo descuartizó.

Esta fábula está dedicada a quienes
Inventan pretextos para oprimir a los inocentes.

El lobo, para devorar al cordero, busca un *casus belli*, busca convencer al cordero, a los que están alrededor, e incluso a sí mismo, de que se come al cordero porque éste ha cometido un agravio.

Los tres argumentos que plantea la retórica de la prevaricación son recogidos por Umberto Eco, e ilustrados con ejemplos históricos, clásicos y recientes. Aquí basta enumerar estos tres argumentos, suponiendo que algún ejemplo más o menos reciente pueda encontrar el lector en el panorama en que vive o en el que le ofrecen los medios de comunicación de nuestros días.

Tres tipos de argumentos legitimadores

El prevaricador dice de ordinario, en primer lugar y al modo populista de Mussolini o Hitler, que 1) “debemos reaccionar” ante un complot organizado contra “nosotros” (el pueblo, la cultura, la democracia).

Si las cosas se complican, dice, al modo de Pericles (según nos cuenta Tucídides en *La guerra del Peloponeso*), que 2) "tenemos derecho" a prevaricar porque “somos los mejores”, tenemos la mejor forma de gobierno que existe. (El discurso de Pericles ha sido considerado a lo largo de los siglos como "el elogio de la democracia").

Cuando no bastan las palabras, el argumento de fuerza es que 3) la prevaricación es necesaria e inevitable: “me conviene más someteros que dejaros vivos” (dijeron los atenienses a los isleños de Melo, en su guerra contra los espartanos) porque "así seremos temidos de todos".

El prevaricador busca legitimar su acción, ante los demás, ante sí mismo e incluso ante la víctima. Como de ordinario no lo logra, contrapone a la fuerza de la argumentación retórica, lo único que le queda: el no-argumento de la fuerza. Y con ella se acaba la retórica de la prevaricación. Queda la tiranía desnuda.



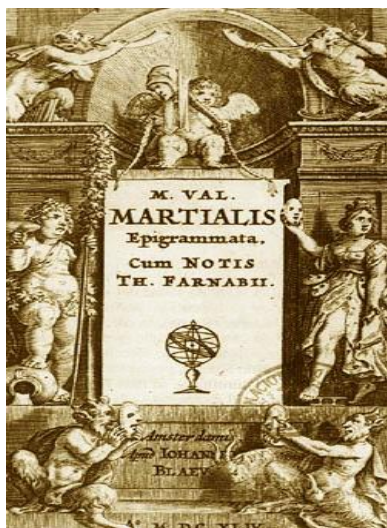
Edición italiana de las *Fábulas* de Fedro (s.XVIII)



Edición de las *Sátiras* de Persio y Juvenal (s. XVIII)



Cerámica griega con Esopo “en plena faena”



Edición de los *Epigramas* de Marcial (s. XVII)